

BENEDICTO XVI: SAL DE LA TIERRA, LUZ DEL MUNDO

En la Alta Baviera, el corazón de la vieja Europa late sereno. A los pies de los Alpes, todo invita a la inquietud y a la alabanza. A la inquietud al modo agustiniano: “nos hiciste, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti”. Y a la alabanza al sentir de san Ignacio: “el hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios, nuestro Señor y, mediante esto, salvar su ánima; y las otras cosas sobre la haz de la tierra son criadas para el hombre, y para que le ayuden en la prosecución del fin para que es criado. De donde se sigue, que el hombre tanto ha de usar dellas, quanto le ayudan para su fin, y tanto debe quitarse dellas, quanto para ello le impiden”. Habla san Ignacio, en definitiva, de lo que llamamos hoy nosotros *libertad interior*; habla de un corazón libre para alabar, no apegado a más bienes que a aquellos que nos conducen hacia el fin para el que hemos sido criados. Y habla en esta hora el mundo (también en la música callada del alto paisaje bávaro) de la libertad inquieta, del corazón de un Papa emérito que ha conmovido a muchos con su *extraña* renuncia al ministerio petrino.

En un primer esbozo del retrato sobre Benedicto XVI asoma poderosa la tentación de fijar la foto en el final y quedarnos ahí: en el anuncio de una renuncia que a un mismo tiempo nos dejó huérfanos y agradecidos. Pero quien haya seguido su vida desde el principio, quien reconoce que Cristo es el origen de nuestra existencia y quien siente con la Iglesia, sabe bien que el peregrinaje de Joseph Ratzinger ha sido una hermosa renuncia desde el primer momento, una renuncia por Amor, y que sigue siendo, en esta última etapa de su vida, un abandono –nunca una huida– en los brazos del Padre.

A las puertas de la Gloria

El niño Joseph nace en Marktl, un pequeño pueblo de apenas tres mil habitantes, donde es tan intenso el blanco de la nieve como el acento austríaco de sus gentes. Hoy, en las tranquilas callejuelas, apenas unos cuantos turistas despistados rompen la calma. Se mezclan en el aire aromas cosmopolitas y el olor, siempre nuevo, de la leña quemándose, calentando las casas.

Eran las cuatro y cuarto de la madrugada del 16 de abril de 1927. El cuadro completo alcanza pinceladas casi sagradas porque sus padres se llamaban María y José, era Sábado Santo y fue bautizado ese mismo día con el agua bendita de la Pascua de Resurrección. En una entrevista concedida en 1996, el entonces Cardenal Ratzinger expresaba así la providencial circunstancia: “me alegra mucho haber nacido ese día,

pues simboliza lo que es en realidad mi propia historia, mi situación actual, estar en las puertas de la Gloria sin haber entrado todavía en ella". Aún se conservan la casa natal, en el número 11 de la Markplatz, y la pila bautismal, de piedra, en la iglesia de St. Oswald. Son las pequeñas historias, insertas en la Historia con mayúscula, que Dios ha ido dibujando en el niño, en el seminarista, en el sacerdote, en el profesor, en el teólogo tímido y sabio, en el humilde trabajador de la viña del Señor, en el Papa emérito.

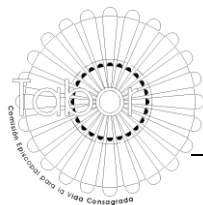
El adecuado trazo de su itinerario vocacional se acompaña, como tantas veces sucede, desde la familia cristiana. Joseph, su padre, era policía rural; María, su madre, cocinera en un hotel. Junto a ellos, sus hermanos María y Georg y la figura de su tío abuelo, también de nombre Georg, sacerdote, diputado y asistente del teólogo e historiador Döllinger. "Mis padres se casaron algo mayores. No éramos una familia pobre en el sentido literal de la palabra –ha contado Joseph Ratzinger–. Llevábamos una vida sencilla, de austeridad, que agradezco. Mis padres tuvieron que hacer muchas renunciaciones para que pudiéramos estudiar".



Fotografía de Joseph Ratzinger tomada en 1932 en la escuela de su localidad natal, en Aschau am Inn.



Foto-familia de Benedicto XVI en 1951, junto a sus padres, su hermana María y su hermano Jorge.



La vocación, un engarce de amor

Con once años, su pastor le animó a entrar en el Seminario. Ingresó en 1939, era también tiempo de Pascua de Resurrección. La llamada necesita cultivo, acompañamiento, respuesta. La vocación es un proceso, un engarce de amor entre la iniciativa divina y la respuesta humana. No es de extrañar por tanto que, con especial predilección, Benedicto XVI haya puesto los ojos muchas veces en ese enlace privilegiado: “La vocación al sacerdocio y a la vida consagrada –escribió en el Mensaje de la Jornada de Oración por las Vocaciones de 2009– constituye un especial don divino, que se sitúa en el amplio proyecto de amor y de salvación que Dios tiene para cada hombre y la humanidad entera”.

Se requiere escucha atenta, prudente discernimiento, adhesión generosa y dócil, a menudo contracorriente, respuesta responsable y convencida. Se requiere empeño para “mantener viva, con oración incesante, esa invocación de la iniciativa divina en las familias y en las parroquias, en los movimientos y en las asociaciones entregadas al apostolado, en las comunidades religiosas y en todas las estructuras de la vida diocesana. Tenemos que rezar para que en todo el pueblo cristiano crezca la confianza en Dios, convencido de que el dueño de la mies no deja de pedir a algunos que entreguen libremente su existencia para colaborar más estrechamente con Él en la obra de la salvación”.

Su hermano Georg, que entró en el seminario doce años después de que lo hiciera Joseph, ha incidido en ese proceso de enamoramiento y libre maduración, y lo ha contado con ternura y sencillez en varias entrevistas: “no es que hubiera un día en el que comunicásemos la decisión a nuestros padres. Fue una evolución, algo cada vez más claro, por lo que en realidad no tuvimos que decírselo directamente. Fue sin palabras. Nuestros padres sentían que es lo que queríamos. Y dijeron que sí. Pensaban que no se debe influir a los hijos en la elección de la propia vocación, que como mucho se les puede aconsejar, pero que cada uno debe vivir su propia vida”. El propio Ratzinger lo narra de forma muy similar en una conversación con Peter Seewald, el periodista alemán que ha transitado con delicadeza y brillantez entre *la sal de la tierra* y *la luz del mundo*: “no lo vi gracias a un rayo de luz que, de pronto, me iluminara y me hiciera entender que debía ordenarme sacerdote, no. Fue más bien un lento proceso que iba tomando forma paulatinamente; tenía una vaga idea, siempre la misma, hasta que, por fin, tomó forma concreta. No sabría decir la fecha exacta de mi decisión. Lo que sí puedo asegurar es que esa idea de que Dios quiere algo de cada uno de nosotros –de mí también– empecé a sentirla desde muy joven. Sabía que tenía a Dios conmigo y que quería algo de mí”.

Como escribe el Cardenal Rouco en el prólogo a la edición española de “Mi vida”, su vocación se cimenta “al calor de una finísima espiritualidad familiar, de la madre y del padre, se enraíza en el corazón el amor a la Iglesia Católica y a la belleza

que se hace ver en la liturgia: amor y belleza crecen con el alma del niño y tendrán su acabada expresión en los años de su juventud y madurez”.

Una vocación, una tarea, un engarce de amor, un acontecimiento, que ya como Benedicto XVI, el Papa lo resume magistralmente en la introducción de su primera encíclica *Deus Caritas est* cuando afirma rotundo “no se empieza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”.

Tal vez una alondra

La sal que sala y da sabor. La luz que brilla, luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad situada en la cima de una montaña. Y será el propio Joseph Ratzinger quien nos vaya desvelando en sus libros-entrevista, con la precisión que otorga la sabiduría, los recovecos de su ciudad, que es en definitiva la “Ciudad de Dios” en íntima ligazón, y en permanente batalla del Amor, con la Ciudad de los Hombres.

Por ese cruce de caminos transitan la fe y la razón, los parques y las fuentes, el joven profesor del pelo blanco, los semáforos en rojo, los problemas de la Iglesia Católica, la esperanza cristiana, los pasos de cebra, los signos de los tiempos, el pecado y la caridad, el olvido de Dios, el sabor del *apfelstrudel* que su madre preparaba como nadie, la teología dogmática, la muerte de su hermana, el amor de Dios, los olores de la infancia, su desconocido sentido del humor, los pasos perdidos y las sandalias del pescador.

Puede entenderse fácilmente que, en el contexto de una Europa quebrada, la construcción del edificio vocacional no fuera sencilla. De hecho, hubo que reconstruir tanto los lugares físicos como el armazón espiritual de muchos. No ya, porque como el mismo Joseph Ratzinger reconoce en *La sal de la tierra*, en su caso “aunque nunca dudó de lo fundamental, tampoco faltaron las pequeñas crisis”, sino porque la Segunda Guerra Mundial arrasó los puentes y los lugares comunes.

Su infancia, y sobre todo su adolescencia, están marcadas por el dolor y el sacrificio que impuso el III Reich y el nacionalsocialismo. El joven Joseph tuvo que abandonar el Seminario. Hitler obligó a los adolescentes a defender su



Foto tomada por la Agencia Católica Alemana de Noticias (KNA) en 1943 que muestra a un Ratzinger con el uniforme de las Fuerzas Antiaéreas.

país y le tocó trabajar en las defensas antiaéreas y en la construcción de trincheras. Luego, desertó y regresó a Freising, junto a su hermano, para poner en pie las paredes del Seminario, ayudar en las tareas de limpieza y reconstrucción, y volver a retomar los estudios.

Las pequeñas historias se anclan definitivamente en la Historia el día 29 de junio de 1951, el día –según sus propias palabras– “más importante” de su vida: “cuando el anciano arzobispo impuso sus manos sobre las mías, un pajarillo –tal vez una alondra–se elevó desde el altar mayor y entonó un canto alegre; para mí fue como si una voz del Cielo me dijese *va bien así, estás en el camino justo*”. Joseph Ratzinger, sacerdote. El ministerio sacerdotal es la brújula que nos permite recorrer con seguridad el mapa de su vida.

En un primer momento, estremece viajar por la biografía de un hombre a la luz de la llama vocacional. Él no quería ser obispo, no quería ser Prefecto, no quería ser Papa, pero “cuando se dice sí en la ordenación sacerdotal –afirma en *La Luz del mundo*–es posible que cada uno tenga su idea de cuál podría ser el propio carisma, pero también sabe: me he puesto en manos del obispo y, en última instancia, del Señor. No puedo buscar para mí lo que quiero. Al final tengo que dejarme conducir”.



Joseph, junto a su hermano Jorge durante la ordenación de ambos el 29 de junio de 1951 en Freising.

La llamada escuchada desde la serenidad y la confianza, el hombre tímido y sabio que responde, convencido de que la fe da al cristiano una luz. Y que con esa candela en las manos puede caminar, apoyado en el bastón firme del pensamiento, para llegar a descubrir un poco de luz más allá de los senderos interrumpidos.

La teología, una auténtica vocación

En la misma clave vocacional en la que estamos dibujando su perfil, la teología ocupa un lugar destacadísimo, como auténtica vocación. A ella le dedicó, como

profesor, 20 años de su vida, pero no la ha dejado abandonada en ningún momento, no ha cejado en el empeño de hacernos cercanas las grandes cuestiones sobre Dios y ha mantenido la reflexión, el debate e incluso la publicación hasta después de haber sido elegido Papa.

Joseph Ratzinger fue profesor en las facultades de Teología más destacadas de la universidad alemana: Bonn, Munich, Tubinga y Regensburg, y nos deja como regalo una obra teológica inmensa en cantidad y calidad, que nos permite situarle, sin duda, entre los grandes teólogos del siglo XX; entre figuras señeras como Rahner, de Lubac, Congar, von Balthasar o el mismo Guardini, de quien es evidente discípulo espiritual. Sus principales obras están centradas en la teología dogmática, aunque su riqueza y fecundidad estriban precisamente en que ha sabido abordar con particular claridad prácticamente todos los campos del pensamiento y de la vida cristiana. A las obras que ya han aparecido por diferentes motivos en este breve recorrido por su vida, cabe añadir otras como *Revelación y Tradición*, *Vivir con la Iglesia*, *El espíritu de la liturgia*, *La fiesta de la fe*, *Mi vida*, *Informe sobre la fe* o *Dios y el mundo*.

La Biblioteca de Autores Cristianos (BAC) está publicando en España sus Obras Completas, una cuidada e ingente tarea editorial que, por deseo expreso del autor, han comenzado a publicarse por el volumen XI, el que está dedicado a la liturgia.

Si nosotros tuviéramos que enfrentarnos a la difícil tarea de destacar tan sólo algunas cuestiones de su teología, lo más prudente sería remitirse a sus propias palabras, cuando en “La sal de la tierra” responde que tal vez desde un principio se fijó en el tema de la Iglesia, que luego ha seguido a lo largo de toda su vida. “Para mí siempre ha sido importante –y ahora más aún–

que la Iglesia no fuera un fin en sí misma, sino que la razón de su existir es que nosotros podamos conocer y llegar a Dios”.

Este ha sido el tema central de buena parte de sus esfuerzos. Esta es la Iglesia viva, que con tanta maestría nos ha sabido mostrar y en la que nos ha dado un vibrante testimonio de fe.

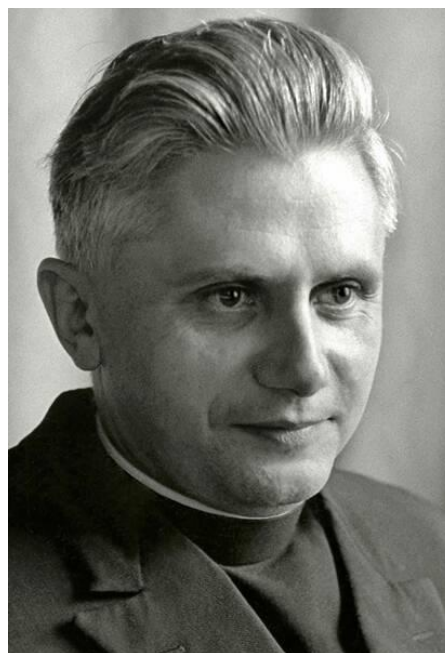
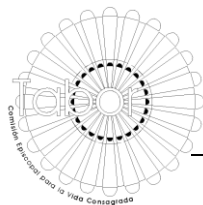


Foto de los tiempos como profesor de Universidad en Regensburg, en septiembre de 1965

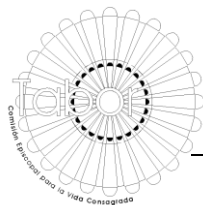


La Iglesia está viva

El domingo 21 de agosto de 2011 amaneció una mañana de luz agosteña, cenital. Una multitud, siempre joven de espíritu, había pasado la noche al raso, en vigilia permanente, entre sacos de dormir humedecidos por la tormenta que en la noche anterior había inundado el aeródromo madrileño de Cuatro Vientos. La inolvidable velada del silencio ante el Santísimo, del aguacero que empapó los corazones. Era la estampa elocuente de la Jornada Mundial de la Juventud celebrada en Madrid. Benedicto XVI, por la noche, quiso despedirse de los jóvenes y agradecerles el esfuerzo. “Igual que esta noche, con Cristo podréis siempre afrontar las pruebas de la vida. No lo olvidéis”.

En la oscuridad, la luz de Cristo, y por la mañana, la Iglesia. Una vez más, Cristo y la Iglesia íntimamente unidos en el itinerario de Joseph Ratzinger. “La Iglesia no es una simple institución humana –les dijo a la luz del sol, en la Eucaristía–, está estrechamente unida a Dios. No se puede separar a Cristo de la Iglesia, como no se puede separar la cabeza del cuerpo (...) Permitidme que os recuerde que seguir a Jesús en la fe es caminar con Él en la comunión de la Iglesia. No se puede seguir a Jesús en solitario”.

Esta es la Iglesia viva que Ratzinger, el Cardenal, Benedicto XVI y el Papa emérito enseñan al mundo en una misma persona. La viña del Señor que se despliega fecunda desde su primer destino parroquial, en Munich, en la iglesia de la Preciosa Sangre de Cristo, donde confesaba a diario desde las seis a las siete de la mañana, daba clase de religión y atendía a la pastoral juvenil, hasta la Cátedra de Pedro, pasando por la cátedra universitaria en la Universidad o por la Congregación para la Doctrina de la Fe. Es la Iglesia viva de la que siempre ha *presumido* con la humildad y la seguridad de quien sabe que la Iglesia nunca está sola porque la Iglesia es de Cristo y el Señor nunca abandona a su Iglesia. La Iglesia es algo más que una organización –decía el teólogo en Introducción al Cristianismo– “En un mundo dividido debe ser el signo y el medio de la unidad que supera y une naciones, razas y clases”. La Iglesia que creó Jesús, el nuevo pueblo de Dios que nace del cuerpo de Cristo, “una comunidad visible de salvación”, entendida como un nuevo pueblo de Dios que tiene su centro en la celebración de la cena, en la que ha nacido y en la cual encuentra su centro permanente de vida, como el mismo Ratzinger escribe en “El nuevo Pueblo de Dios”. Es la misma Iglesia radiante a la que se refiere con entusiasmo en la Misa de inauguración de su pontificado: “sí, la Iglesia está viva; esta es la maravillosa experiencia de estos días. Precisamente en los tristes días de la enfermedad y la muerte del Papa, algo se ha manifestado de modo maravilloso ante nuestros ojos: que la Iglesia está viva. Y la Iglesia es joven. Ella lleva en sí misma el futuro del mundo y, por tanto, indica también a cada uno de nosotros la vía hacia el futuro. La Iglesia está viva y nosotros lo vemos: experimentamos la alegría que el Resucitado ha prometido a



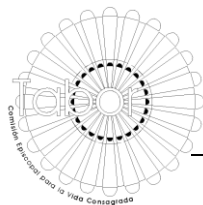
los suyos. La Iglesia está viva; está viva porque Cristo está vivo, porque él ha resucitado verdaderamente”.

Resulta emocionante releer estas palabras en ineludible conexión con las que, poco antes de renunciar al ministerio petrino, Benedicto XVI pronunció ante los Cardenales. Entonces citó a Romano Guardini, para insistir en la misma verdad: Cristo vive en la Iglesia, por eso la Iglesia no es algo del pasado, es un cuerpo, un organismo vivo. Está viva y como cuerpo vivo se transforma, pero su naturaleza permanece porque su corazón es Cristo. “Para mí es un don especial de la Providencia el poder ver aún a mi clero –confesó sin papeles en esos mismos días ante el clero romano–. Es siempre una alegría ver que la Iglesia vive, cómo está viva en Roma; hay pastores que guían la grey del Señor en el espíritu del Pastor Supremo (...) Estoy convencido de que, con la ayuda del Señor, podemos encontrar las vocaciones que él mismo nos da, guiarlas y ayudarlas a madurar, para que puedan así servir en el trabajo en la viña del Señor”. “La Iglesia no procede de la voluntad humana, de la reflexión, de la habilidad del hombre, de su capacidad organizativa, ya que fuese así se habría extinguido hace tiempo”. Palabra de Papa, en la homilía de Pentecostés del año 2011.

El problema de Dios

En estos últimos años los periodistas, que como se sabe somos especialistas en ideas generales, hemos repetido que Benedicto XVI es *el Papa de lo esencial*. Dicho con trazo grueso de titular periodístico: ha ido al grano desde el primer día de su pontificado, aquel 19 de abril de 2005. Ya lo había hecho hacía tiempo. En el prólogo de Introducción al Cristianismo aborda sin tapujos la cuestión más decisiva: el *problema* de Dios. Y en “Jesús de Nazaret”, la primera parte de la deliciosa trilogía que firma al alimón como Joseph Ratzinger y como Benedicto XVI, nos lanza una serie de interrogantes que nos abordan como un rayo en el cielo sereno: ¿Qué ha traído Jesús al mundo, si no ha traído la paz, el bienestar para todos...? “Ha traído a Dios, ahora conocemos su rostro, ahora podemos invocarlo (...) Sólo nuestra dureza de corazón nos hace pensar que esto es poco”.

El hilo vocacional que hemos seguido hasta ahora, de la mano maternal y magisterial de la Iglesia, sólo alcanza su pleno sentido si nos lleva a Dios. Ya como Papa, en la inolvidable Conferencia de Aparecida, o ante los obispos italianos en 2008, Ratzinger insiste en que “el problema central del hombre de hoy sigue siendo el problema de Dios, y ningún problema humano y social podrá ser verdaderamente resuelto si Dios no está en el centro de nuestra vida”. Así se entiende que, no por casualidad, Benedicto XVI dedique la primera encíclica de su pontificado al corazón de la fe cristiana: la imagen cristiana de Dios y también la consiguiente imagen del hombre y su camino. El texto arranca con la Primera carta de Juan: “Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él”.



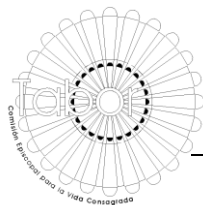
Al Papa le preocupa el olvido de Dios en la sociedad contemporánea, la indiferencia, y también la toma del nombre de Dios en vano. En esta ocasión, es el contexto el que marca decisivamente el texto: “en un mundo en el cual a veces se relaciona el nombre de Dios con la venganza o incluso con la obligación del odio y la violencia, éste es un mensaje de gran actualidad y con un significado muy concreto. Por eso, en mi primera Encíclica deseo hablar del amor, del cual Dios nos colma, y que nosotros debemos comunicar a los demás”. La fe en Dios fundamenta la esperanza y la caridad. Desde ahí podemos comprender en toda su profundidad sus otras dos encíclicas.

Tras “Deus caritas est”, publicada en 2006, aparece “Spe salvi”, en 2007. *Spe salvi facti sumus*, en esperanza fuimos salvados, dice san Pablo a los Romanos, y nos lo dice también a nosotros (cf. Rm 8,24). “Según la fe cristiana, la redención, la salvación, no es simplemente un dato de hecho. Se nos ofrece la salvación en el sentido de que se nos ha dado la esperanza, una esperanza fiable, gracias a la cual podemos afrontar nuestro presente”.

Y, por último en 2009, el Papa publica “Caritas in veritate”, una carta encíclica sobre el desarrollo humano integral en la caridad y en la verdad, que nos invita a releer la *Populorum Progressio* de Pablo VI y nos propone un desarrollo humano integral y articulado.

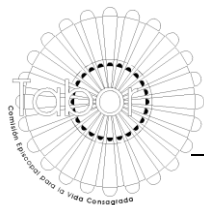
La fe, la esperanza y la caridad están en el trasfondo de todo el magisterio del Papa. Como la pretensión de exhaustividad sería ingenua, hemos de ser sugerentes y navegar mar adentro. En este caso con la fe de la mano de la razón; con la esperanza, como compañera de la Tradición y con la verdad, siempre en la caridad. Estas son las pinceladas:

- FE, RAZÓN, LAICIDAD POSITIVA: Habermas y Ratzinger dialogaron en 2004, en la sede de la Universidad Católica de Munich, sobre razón y religión. Ambas pueden y deben curarse de sus respectivas “patologías”. No se puede entender a Benedicto XVI si ignoramos su propuesta de *razón abierta* que se encuentra con una *fe razonada y razonable*; un diálogo entre fe y razón imprescindible para adentrarnos en el proceloso terreno de la laicidad, tan manoseado políticamente, y que con tanto acierto ha desarrollado el Papa durante su pontificado. Esa laicidad sana, positiva y abierta es el resultado de una razón y de una fe adultas, verdaderamente postmodernas. En el contexto de su viaje a Francia, Benedicto XVI nos dejó perlas como éstas: “la laicidad no está en contradicción con la fe, sino que es un fruto de la fe, pues el cristianismo era desde el principio una religión universal, por tanto no se identificaba con el Estado y estaba presente en todos los Estados (...) la auténtica laicidad no es prescindir de la dimensión espiritual, sino reconocer que precisamente ésta, radicalmente, es garante de nuestra libertad y de la autonomía de las



realidades terrenas, gracias a los dictados de la Sabiduría creadora que la conciencia humana sabe acoger y realizar”. Es, al fin y al cabo, el nudo gordiano del famoso discurso de Ratisbona en el que nada más (y también nada menos) el Papa puso sobre la mesa la necesidad de interrogarse sobre Dios por medio de la razón. En aquel viaje a su Baviera natal, Benedicto XVI dialogó a corazón abierto, y desde la fe cristiana, con ese Occidente secularizado, río revuelto en el que a menudo ganan laicistas, que ha sufrido una dramática reducción del concepto de razón, expulsando la pregunta religiosa de su horizonte. Y al mismo tiempo, por si ya la tarea no fuera lo suficientemente ardua, abrió el diálogo al mundo musulmán, que se desliza precisamente por los vericuetos de la razón, paseándose en lugares y ocasiones por las formulaciones más distorsionadas e irracionales, y atisbando en otros casos la luz que arroja la razón cuando se la libera de ciertas ataduras.

- ESPERANZA Y TRADICIÓN: Benedicto XVI ha sabido mirar al futuro porque conoce como pocos la Tradición, con mayúscula, de la Iglesia (*Hemos puesto la esperanza en el Dios vivo*, 1 Tim 4, 10). Su vida está jalonada de momentos particularmente intensos en los que se puede contemplar con claridad cómo la vida cristiana es, en efecto, un camino, una peregrinación y también una escuela de aprendizaje y de ejercitación de la esperanza. Con el mismo gesto de su renuncia nos recordó que la Iglesia es Tradición y que nunca debemos olvidar quién es verdaderamente su Señor. Recordemos que el Cardenal Ratzinger supo durante años de los gozos y las sombras ocasionados por la aparente contradicción entre Tradición y Renovación. La pesada digestión del Concilio, que él vivió desde muy adentro, contribuyó sobremanera a ello. Quienes han analizado su biografía desde los esquemas alicortos de la progresía y el conservadurismo, del *hombre abierto* que participó en el Vaticano II y del *inquisidor* que guardó la Doctrina de la Fe, son víctimas de lo que Benedicto XVI expuso con toda claridad al hablar de la hermenéutica del Concilio. Aquellos que trazan una raya gruesa entre la Iglesia preconiliar y postconiliar. He aquí, en estas preocupaciones, otro pasaje imprescindible para dibujar adecuadamente los contornos de su magisterio. Es un fragmento del discurso a la Curia con el que les felicita las navidades de 2005. En él se pregunta: “¿por qué la recepción del Concilio, en grandes zonas de la Iglesia, se ha desarrollado hasta ahora de forma tan difícil? Pues bien: todo depende de la correcta interpretación o –como diríamos hoy en día– de su correcta hermenéutica (...) Los problemas de recepción surgen del hecho de que dos hermenéuticas contrarias se han visto enfrentadas y han reñido una con otra (...) Por un lado existe una *hermenéutica de la discontinuidad y de la ruptura*, que con cierta frecuencia ha podido contar con la simpatía de medios de comunicación y



también con la de una parte de la teología moderna. Por otro lado, tenemos la hermenéutica de la reforma, de la renovación en la continuidad del único sujeto Iglesia, que el Señor nos ha dado; sujeto que crece con el tiempo y se desarrolla, sin dejar, con todo, de ser el mismo, el único sujeto del Pueblo de Dios en marcha". Todos tenemos necesidad de esperanza, pero no de cualquier esperanza pasajera, sino de una esperanza creíble y duradera, que resista el embate de las dificultades; una esperanza amarrada al puerto seguro de la Tradición.

- CARIDAD Y VERDAD: "¿Qué es la verdad? Pilato no ha sido el único que ha dejado al margen esta cuestión como insoluble –escribe Benedicto XVI en Jesús de Nazaret–. También hoy se la considera molesta, tanto en la contienda pública como en la discusión sobre la formación del derecho. Pero sin la verdad el hombre pierde en definitiva el sentido de su vida para dejar el campo libre a los más fuertes". ¿Quién por muy ajeno que haya estado al pontificado de Benedicto XVI no ha oído hablar en los últimos años de *relativismo moral*. El edificio se derrumba, también el edificio democrático, si se permite al relativismo socavar sus fundamentos. El amor –caritas– es una fuerza extraordinaria, que mueve a las personas a comprometerse con valentía y generosidad en el campo de la justicia y de la paz. Pero no debemos olvidar, como ha incidido Benedicto XVI en numerosas ocasiones, que ha de ir de la mano de la verdad. El amor es una fuerza que tiene su origen en Dios, Amor eterno y Verdad absoluta.

España en el corazón

Al menos desde Pablo VI, cualquier acercamiento a las biografías de los pontífices queda cojo si no *viajamos* con ellos, en el sentido literal de la palabra. En inevitable comparación con su antecesor el Beato Juan Pablo II, Benedicto XVI *tenía todas las de perder*. Ante el *Papa viajero* que accedió a la sede de Pedro con 58 años, ¿qué podía hacer el humilde teólogo, elegido Papa a los 78? Pero para superficial sorpresa de unos y profundo asombro de otros, durante sus casi ocho años de pontificado, Benedicto XVI realizó 24 viajes fuera de Italia. ¿Cómo olvidar su presencia en las Jornadas Mundiales de la Juventud de Colonia, Sidney y Madrid? ¿Cómo no evocar el retorno a los lugares de su infancia, la visita al convento donde vivió Lutero o a la mezquita de Estambul?

¿Cómo no temblar con el silencio de Auschwitz, aquel “lugar de horror, de acumulación de crímenes contra Dios y contra el hombre que no tiene parangón en la historia”? ¿Cómo no marcar para siempre en el calendario sus dos viajes a África o sus visitas a Tierra Santa, Estados Unidos, Cuba, Inglaterra o el Líbano?

En este peregrinaje generoso, sólo Alemania, su tierra natal, fue visitada más veces que España. Basta rememorar algunos momentos de sus tres visitas para mostrar el gran aprecio que Benedicto XVI ha tenido siempre por nuestro país.

El recuerdo del Encuentro Mundial de las Familias, en 2006, nos devuelve una ciudad, repleta de luz y engalanada en blanco y amarillo con las letras CV, un guiño sutil a la Comunidad que le acogía y al mismo tiempo a su lema episcopal “Cooperador de la Verdad”. El *abuelo del mundo*, como se denominó a sí mismo, anunció el evangelio de la familia con vigor, consciente de la compleja realidad social y espiritual que afronta el hombre de hoy. “Conozco y aliento el impulso que estáis dando a la acción pastoral –alentó entonces a los obispos españoles–. En un tiempo de rápida secularización, que afecta incluso a la vida interna de las comunidades cristianas, seguid proclamando sin desánimo que prescindir de Dios, socava la verdad del hombre e hipoteca el futuro de la cultura y de la sociedad”.



Visita al campo de concentración de Auschwitz-Birkenau, en Polonia. En el frontispicio de la puerta de entrada al campo reza: Arbeit Macht Frei (El trabajo os hará libres).



Explanada de la Basílica de la Virgen de los Desamparados
V Encuentro Mundial de las Familias, Valencia 8-9 julio de 2006

En 2010, Benedicto XVI viajó peregrino de la fe hasta la tumba del apóstol Santiago. Antes de aterrizar en Compostela, fue cuando se refirió a España como un país decisivo en el renacimiento del catolicismo en la época moderna, gracias a figuras de la talla como por ejemplo san Ignacio de Loyola, santa Teresa de Jesús o san Juan de Ávila. Y fue en aquel mismo viaje cuando le pudimos ver en Barcelona, conmovido, ante la belleza de la Sagrada Familia, ejemplar síntesis de continuidad y novedad, de tradición y creatividad. Le recordamos, al fin, en 2011, durante la inolvidable Jornada Mundial de la Juventud de Madrid. Fue el Papa quien convocó, reunió y presidió en la gran fiesta de la fe a casi dos millones de jóvenes, unidos a sus obispos, sacerdotes y educadores. Ellos dieron testimonio al mundo de la perenne alegría que se irradia cuando se está arraigado y edificado en Cristo, firme en la fe. “España es una gran nación –dijo el Papa el último día, en el aeropuerto, antes de volver a Roma–, una nación “que, en una convivencia sanamente abierta, plural y respetuosa, sabe y puede progresar sin renunciar a su alma profundamente religiosa y católica”. “Quisiera asegurar a los españoles –fueron sus palabras finales– que los tengo muy presentes en mi oración. Estoy convencido de que, animados por la fe en Cristo, aportarán lo mejor de sí mismos, para que este gran país afronte los desafíos de la hora presente y continúe avanzando por los caminos de la concordia, la solidaridad, la justicia y la libertad”.



Benedicto XVI consagró el Templo de la Sagrada Familia
Barcelona, 7 de noviembre de 2010



Benedicto XVI, como un Peregrino, en Santiago de Compostela
Noviembre de 2010



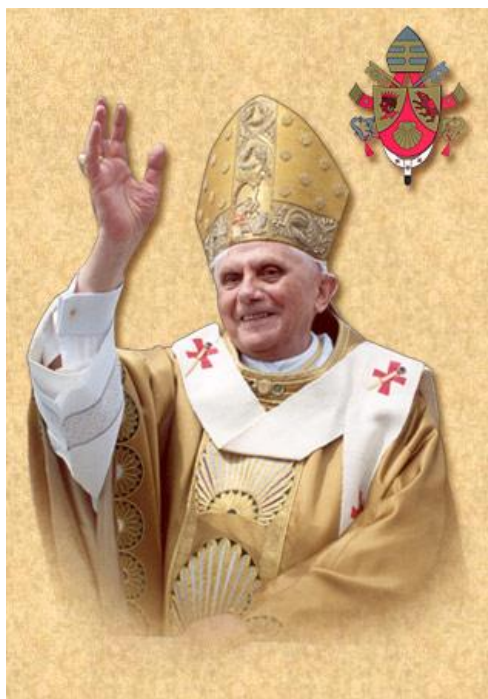
Religiosas saludando al Papa Benedicto XVI en la JMJ Madrid agosto de 2011

Quien sabe rezar

El viaje llega a su fin. O mejor, con palabras pronunciadas desde el balcón de Castelgandolfo, el viaje del peregrino entra en “la etapa final en esta tierra”.

El Papa que nos aseguraba sus oraciones y nos animaba a dar lo mejor de nosotros mismos, desde la raíz y el alma cristianas que nos han forjado, ha subido al monte Tabor. “El Señor me llama a dedicarme aún más a la oración y a la meditación, pero eso no significa que vaya a abandonar a la Iglesia. Al contrario, si Dios me pide esto es porque podré continuar sirviendo con las mismas condiciones y el mismo amor con el que lo he hecho hasta ahora, pero de un modo más adecuado a mi edad y fuerzas”.

Desde las ocho de la tarde del 28 de febrero de 2013, Benedicto XVI se ha



escondido a los ojos del mundo para seguir sirviendo a la Iglesia, ahora como Papa emérito, desde la oración. La oración no es aislarse del mundo y de sus contradicciones. Antes al contrario, reconduce al camino, a la acción, porque la vida cristiana es exactamente eso: un continuo subir a la montaña para encontrarse con Dios, para después descender llevando el amor y la fuerza con el fin de servir a los hermanos con el mismo amor de Dios. “Únicamente sabe vivir bien, quien sabe rezar”, decía san Agustín. ¡Cuánta razón tenía! “Gracias y buenas noches”.

Isidro Catela Marcos¹

¹ Isidro Catela Marcos (Salamanca 1972), periodista, escritor, doctor en Ciencias de la Información por la universidad Pontificia de Salamanca, y profesor universitario. En esa misma universidad ha sido director del Máster de Comunicación Cristiana. Ha impartido clases, cursos de doctorado y conferencias en diferentes universidades tanto españolas como extranjeras. Ha dirigido el programa *Testimonio*, en La 2 de TVE, y es colaborador de la Cadena COPE y de 13TV. En la Santa Sede fue portavoz del Sínodo de los Obispos sobre la Eucaristía para la lengua española (octubre de 2005). Desde septiembre de 2004 es el Director de la Oficina de Información de la Conferencia Episcopal Española.